



“También nosotros, don Miguel [Unamuno], hemos llegado al patriotismo por el camino de la crítica. Eso lo he dicho yo antes de ahora. Y hoy, en esta Salamanca unamunesca, voy a decir a quien nos escuche que el ser español es una de las pocas cosas serias que se pueden ser en el mundo...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 378 (2ª Época). Marzo 2024

1. **Los sonos inaudibles de la lira.** *Manuel Parra Celaya*
2. **La amnistía de Dios.** *Carlos León Roch*
3. **Parlamentaria Clara Campoamor.** *José María García de Tuñón Aza*
4. **La seriedad de José Antonio.** *José Lorenzo García*
5. **El 23-F que yo viví.** *José Ignacio Moreno Gómez*
6. **La novedad agradecida.** *David Guillem-Tatay*
7. **El “Cara al Sol”.** *Feliciano Correa*
8. **Lo de Koldo.** *Fernando Valbuena Arbaiza*
9. **A Leopoldo Panero en el mediodía de mi vida.** *Diego Charamoni*
10. **Soneto a José Antonio.** *Leopoldo Panero*

Todos los medios afines a la derecha se felicitan de forma apasionada, quizás no tanto por la revalidación de la mayoría absoluta del PP en los comicios gallegos como por la debacle del PSOE. Este entusiasmo es compartido, en mucha medida por todo el antisanchismo nacional, entresacando, incluso, más que apresuradas conclusiones sobre el efecto que podrán tener estos resultados a otra escala. No dejan de ser lógicos estos sentimientos, siempre que se tengan en cuenta los angostos y alicortos parámetros en que se mueve la política española.

Un servidor, que suele moverse en otras muy distintas coordenadas y que procura mantener la cabeza fría, supeditando filias y fobias viscerales a la reflexión, ha sacado otras consecuencias, a riesgo de que puedan resultar extrañas a la mayoría: estamos ante una apoteosis más de un consabido nacionalismo territorial, encarnado en una doble vertiente, que, por seguir el tópico al uso se reparte entre la derecha y la izquierda, esta radicalizada hasta el separatismo (ya sé que lo políticamente correcto es llamarlo independentismo), pero que representa, en definitiva, la exaltación del símbolos de la gaita, sin el menor resquicio para que pueda sonar en el Parlamento de Santiago de Compostela la suave y certera sonoridad de la lira.

Tanto el PP como el BNG, en ambos extremos consabidos, juegan la carta nacionalista, el segundo en afinidad expresa con los separatismos vasco y catalán, y el primero como rara avis en el marco de las autonomías ganadas por sus correligionarios de partido; ya intentaron los populares orientarse en esta línea en Cataluña, con la misión imposible de ocupar el espacio de la antigua Unió, y en el País Vasco con las concesiones al PNV en la época de Rajoy et altera, no pasando en ambos casos de obtener unos resultados residuales y siempre testimoniales.

Desde una lejana perspectiva geográfica, entiendo que el nacionalismo gallego es, hoy por hoy, el que menos se ha alejado del patrón romántico consubstancial a todo nacionalismo; quizás este rasgo obedezca a soterradas razones socioeconómicas o, quizás, al remoto influjo poético de Rosalía de Castro o de Castelao, pero lo cierto es que suele responder a un trasfondo de clara inspiración más sentimental que política. Recuerdo, en uno de mis Caminos



de Santiago, cómo entablé amable conversación en una aldea con un paisano que se declaraba, a la vez, votante del BNG y españolísimo de convicción; y, más recientemente, cómo pude emocionarme al escuchar los sonos del Himno Nacional interpretados por un gaitero en el momento de la Consagración en el curso de una romería. ¿Contradicciones o resquicios de los sonidos de la lira universalista y española en el propio terruño?

No son contrapuestas, por supuesto, la gaita y la lira, siempre que la segunda no pretenda ahogar a la primera, y aquella encierre la clave de un gran proyecto o misión, capaz, por ejemplo, de evitar que muchos gallegos se vean obligados a emigrar de su tierra para encontrar, ya no solo el pan, sino un puesto de trabajo dignamente remunerado; o, siguiendo con los ejemplos, para la que la afirmación de españolidad no se confunda con la sumisión a las directrices de una globalización desnaturalizadora. Con todos los respetos, no creo que ningún partido de alcance nacional encarne actualmente esos buenos propósitos y los transforma en objetivos, más allá de los postureos electoralistas.

Quedemos, pues, en que Poder y Oposición en Galicia van a dirimir sus diferencias en lo futuro siempre dentro de la misma resonancia nacionalista y, en consecuencia, ajenos a cualquier son, inaudible apenas, de la lira. Pero esto es un común denominador extensible al resto del Estado de las Autonomías, en el que se prioriza absolutamente lo local sobre lo general, e, incluso, es discutida la cesión de agua en plena sequía, que se interpreta, no como un deber solidario, sino como una limosna, que espera sus contrapartidas a la corta o a la larga.

El Sistema establecido no admite que suene la lira y, para más inri, maneja a su antojo el sonido de las gaitas para sus intereses, del mismo modo que antaño las campanas, a instancia del párroco, llamaban a los fieles a la oración. El localismo nacionalista, en sus diversas vertientes, unas más radicalizadas, otras más conservadoras, es uno de los instrumentos que este Sistema emplea -con éxito demostrado- para ir deshaciendo las grandes unidades históricas y eliminar, desde dentro, la odiosa interferencia de los Estados nacionales. No es solo que una determinada potencia intervenga de forma burda y con aprendices de espías en las disputas territoriales, sino que esta estrategia ya ha adquirido carta de naturaleza en todas las naciones europeas, de forma más o menos soterrada.

Frente a este panorama, algunos seguimos manteniendo en nuestro cerebro los posibles sonidos de la lira y, de vez en cuando, hasta nos parece escucharlos en nuestros oídos, por supuesto nunca en los momentos de campañas electorales; en esos momentos concretos, preferimos apagar el televisor o sustituir la lectura de los periódicos por otras más enriquecedoras, sin hacer, por supuesto, ascos a la tristeza contenida en los versos de Rosalía o de Castelao; porque no es cuestión de en qué

lengua brota la poesía y la belleza: siempre se puede expresar, en cualquiera de ellas, la poesía y la belleza de la España de todos.

Como conclusión personal -y espero que compartida- espero y confío en que la lira, ahora casi inaudible, siga resonando en el fondo de muchas conciencias españolas, a la vez hispanas y europeas, sin dejar por ello de que ellas se reconozcan, de forma natural y legítima, catalanas o gallegas.

2

La amnistía de Dios

Carlos León Roch

La polémica vigente sobre la inminente ley de Amnistía, preparada para su aplicación a los procesados por el golpe de Estado en Cataluña nos lleva a recordar la Amnistía más grande que el mundo conoce, que no es otra –para los creyentes cristianos- que la que se nos ha otorgado en el momento de recibir el Bautismo. En ese instante, el Pecado Original cometido por nuestros primeros padres Adán y Eva, que se transmite a toda la Humanidad a lo largo de todas las generaciones, es literalmente ”borrado” de nuestras almas. Ha dejado de existir. Y a partir de ese momento, la vida de cada uno de nosotros ha de afrontar los pecados que día adía nos afligen. Sí, esos 70 veces siete.

Y ante esos pecados cotidianos Dios también nos indulta, nos perdona, mediante el Sacramento de la Confesión.... Nos perdona, nos indulta pero no nos amnistía, porque, una vez perdonado (indultado) el pecado, queda una estela, una sombra tras él, que permanece para siempre, aunque confiamos que no nos impida nuestra final presencia ante Él. Y es que el indulto (el perdón) es una potestad habitual del que ostenta el poder, humano o divino, pero en los delitos del ámbito judicial quedan esos “antecedentes penales”, similares a los velos residuales del pecado.

La Bondad de Dios nos permite “borrar”(amnistiarse) el Pecado Original; y esa suprema Bondad nos permite el perdón (el indulto) de los pecados personales posteriores que son perdonados, no amnistiados. En el ámbito político nacional, se acepta con absoluta excepcionalidad la Amnistía en caso de un cambio radical de Régimen Político, como ocurrió en la llegada de la II República en 1931 o en la llamada Transición de 1978.

Pero ante los graves “incidentes” secesionistas en Cataluña podría haber tal vez perdón, indulto, pero no es admisible el “borramiento” de esos graves actos que pretendían, la ruptura de la Unidad de la Nación Española ...una e indivisible.

Hace algún tiempo, el periódico digital *elmunicipio.es* me preguntaba si creía que José Antonio Primo de Rivera quería a las mujeres en casa y sin protagonismo social. Mi respuesta fue: «No es cierto. No se encontrará ni una sola palabra en todos sus discursos y escritos que haga referencia a que quería a la mujer en casa y sin protagonismo social». Es una de las muchas mentiras que algunos han escrito sobre él. Es cierto que en aquella época las mujeres no tenían el protagonismo político social que tienen ahora. Que alguien diga cuántas mujeres había o destacaron en otros partidos en aquellos años. Muy pocas y, de todas ellas, solamente nueve se sentaron en la Cámara. Pues bien, de éstas quiero escribir.

Pero antes, permítaseme abra un pequeño paréntesis y recoja las palabras que dejó escritas sobre José Antonio la falangista Mercedes Fórmica.

Sobre el supuesto antifeminismo de José Antonio y la tesis, tan difundida, de querer a la mujer en casa, poco menos que con la pata quebrada, debo decir que no es cierto. Forma parte del proceso de interpretación a que fue sometido su pensamiento. Como buen español, sentía recelo hacia la mujer pedante, agresiva, desahogada, llena de odio hacia el varón. Desde el primer momento contó con las universitarias y las nombró para cargos de responsabilidad. En lo que a mí respecta, no vio a la sufragista encolerizada, sino a una joven preocupada por los problemas de España, que amaba su cultura e intentaba abrirse camino, con una carrera, en el mundo del trabajo.

De aquellas nueve parlamentarias que tuvo la Segunda República, me ocupo, en este artículo, de Clara Campoamor, nacida en la capital de España el 12 de febrero de 1888. Tenía 13 años cuando muere su padre, por lo que se ve obligada a interrumpir sus estudios y ponerse a trabajar en oficios manuales como su madre. Con 21 años cumplidos se presenta a unas oposiciones de auxiliar administrativo de Telégrafos, que saca sin mayores problemas. Su primer destino fue Zaragoza donde sólo estará unos meses pues muy pronto la trasladan a San Sebastián, ciudad en la que pasados algunos años llegó a defender a los procesados de la rebelión de Jaca.

En San Sebastián permanece cuatro años y después de nuevas oposiciones, convocadas por el Ministerio de Instrucción Pública, que también obtiene, se marcha a Madrid como profesora de taquigrafía y mecanografía en las Escuelas Adultas de Madrid. Al mismo tiempo, trabajó como secretaria en el periódico maurista *La Tribuna* en el que colaboraban también Ramón Gómez de la Serna y Tomás Borrás. Es en este periódico donde Clara Campoamor comenzará a sentir un interés por todo lo relacionado con la mujer.

En 1923 participa por primera vez en un acto público organizado por la Juventud Universitaria de Madrid. En él expone sus ideas sobre el feminismo. Al año siguiente finaliza sus estudios de Derecho en la Universidad madrileña cuando ya había cumplido treinta y seis años. Con el flamante título universitario obtenido pide la admisión en la Academia de Jurisprudencia y en el Colegio de Abogados de Madrid. Una vez admitida en ambos organismos, abre su primer despacho como profesional de la abogacía comenzando muy pronto a ser valorada. En el mes de abril de 1925 pronuncia una conferencia en la Academia de Jurisprudencia donde habla sobre la mujer ante el Derecho.

En el aspecto político llegó a coquetear con el socialismo, pero nunca formó parte de él, aunque ahora cuando se les presenta la ocasión suelen utilizar su imagen. Su independencia política era notoria. Sintió perennemente la República y en consecuencia fue una republicana porque le parecía la mejor forma de gobierno, más conforme con la evolución natural de los pueblos y superior a cualquier otro régimen.



En cuanto a que, si la mujer debiera estar en política, en unas declaraciones que hizo en el año 1930, llegó a decir que ese momento ya había llegado *«aunque lo discutan y lo nieguen los sesudos cicateros del Derecho»*.

Al año siguiente, con la llegada de la República, entró a formar parte de la Junta de Acción Republicana bajo el liderazgo indiscutible de Manuel Azaña, pero por motivos poco claros Clara Campoamor abandona esa formación, aunque ella echa la culpa a las maniobras mezquinas en el seno de ese partido para escalar puestos en el Consejo Nacional. Pero esta mujer había cumplido ya cuarenta y tres años y tenía que acometer, en el menos tiempo posible, una carrera política. Fue posiblemente por eso, por lo que nada más abandonar aquel partido, pidió la entrada en el Partido Radical de Alejandro Lerroux que entonces encabezaba el ala de la derecha republicana. Este gesto cambiante hizo que el socialista Luis Jiménez de Asúa la tachara más tarde de *«descarada trepadora»*.

El 28 de junio de 1931 se celebraron elecciones en toda España y acudieron a las urnas algo más de cuatro millones de españoles, que equivalía al 70% del censo electoral. Entre las elegidas estaba Clara Campoamor que salió por la circunscripción de Madrid. Un mes después fue nombrada una comisión encargada de redactar la Constitución. Entre los miembros que la formaban, bajo la presidencia del ya citado Jiménez de Asúa, se encontraba Clara Campoamor. Como secretario fue elegido Alfonso García Valdecasas que participaría más tarde como orador con José Antonio Primo de Rivera en el mitin que tuvo lugar el 29 de octubre de 1933 en el Teatro de la Comedia de Madrid, considerado como el acto fundacional de Falange Española.

Una vez que la comisión entregó a la Cámara el proyecto, éste comenzó a discutirse. Es por estas fechas cuando por primera vez habla en las Cortes Clara Campoamor y en una de sus intervenciones se hace esta pregunta: «¿*Qué hacemos dos mujeres* –se refiere también a Victoria Kent– *en una Cámara de 500 diputados?*» y fue precisamente Victoria Kent quien pidió el aplazamiento de la concesión del voto de la mujer por considerarlo un peligro para la República. El debate entre estas dos mujeres, a Manuel Azaña le pareció muy divertido:

«La señorita Kent está porque no se conceda ahora el voto a las mujeres, que en gran número siguen las inspiraciones de los curas y los frailes, y si votasen se pondría en peligro la República. La señorita Campoamor es de la opinión contraria. La Campoamor es más lista y elocuente que la Kent, pero también más antipática».

La Cámara desde ese momento quedó dividida en dos grupos. A petición de varios diputados, la votación fue nominal, pero antes de producirse hubo algunos parlamentarios que abandonaron el Congreso al no estar de acuerdo con lo que su partido iba a votar. La ausencia más destacada fue la del socialista Indalecio Prieto que se opuso desde el primer momento al voto de la mujer. En cuanto a otros diputados que votaron «no» se encontraban, además de la ya citada Victoria Kent, nombres tan conocidos como el de Martínez Barrio, Lerroux, Salazar Alonso, Sánchez Albornoz, Gordón Ordax, etc. El resultado de la votación, fue 161 votos a favor y 121 en contra. El 40% restante, 188 diputados, o no estuvieron presentes o se abstuvieron.

Se presentaría en las elecciones que hubo en 1933, pero fue derrotada en la provincia de Madrid. Es decir, se había votado contra lo que ella había defendido. Más tarde solicita ser admitida en Izquierda Republicana, pero un grupo de afiliados presentó un escrito oponiéndose a su ingreso. Así y todo, insistió ante la Junta provincial que le aconsejó retirase su petición, que se negó a hacer, pero no quedándole finalmente más remedio que aceptar la derrota en su intento de formar parte de aquel partido, que por mayoría rechazaba su admisión, que lideraba Manuel Azaña. Así, pues, vemos a Clara Campoamor sin partido con el que pudiera presentarse a las elecciones que iban a celebrarse en febrero de 1936.

Pocos días antes de dar comienzo la guerra, Clara Campoamor se encontraba en Madrid y ante la anarquía que reinaba en la capital y la falta de seguridad personal, incluso para los liberales, Clara decide abandonar la capital de España. Sabía muy bien *«que los autores de los excesos, o los que han tolerado que se cometan, siempre encuentran excusas, aunque sólo consistan en pretender que hay que juzgar las revoluciones en su conjunto y no en sus detalles, por elocuentes que sean. ¡Y yo no quería ser uno de esos detalles sacrificados inútilmente!».*

En su exilio la acompañan su anciana madre y una sobrina. Embarcan en Alicante y llegan a Génova para continuar viaje a Suiza. permaneciendo algún tiempo en este país. En 1938 se instala en Argentina donde vivirá cerca de una década dando conferencias y traduciendo libros. En 1947 regresa a Madrid donde sólo permanece poco más de un mes regresando nuevamente a tierras argentinas. En 1950 o 1951 regresa de nuevo a España donde conecta con la escritora falangista Concha Espina. Ésta intenta ayudarla, pero dicen algunos de los biógrafos de Campoamor, sin aportar ninguna prueba, que las autoridades españolas le pidieron que les facilitara nombres de masones cuando no está claro que ella lo fuera porque nunca apareció su expediente de iniciación.

Haya sido por un motivo u otro, el caso es que regresa a Argentina abandonando este país en 1955 para instalarse de manera definitiva en Lausana (Suiza), donde trabajó en un bufete ejerciendo la abogacía hasta que se quedó ciega. Años después, un cáncer termina con su vida y fallece en abril de 1972 a los 84 años.

4

La seriedad de José Antonio

José Lorenzo García

La emoción de la risa, junto con el llanto, es una de las que más caracteriza y diferencia al ser humano. Acompaña al mejor de nuestro estado de ánimo. Es una excelente tarjeta de visita. Aunque a veces puede ser : falsa , hipócrita, sardónica, burlona ..., o desbordada y totalmente libre y sincera como sucede en los bebés y en los niños pequeños. San Agustín la consideraba – la felicidad- como expresión fundamental de las emociones y que pueden llevarnos a encontrar la existencia del Ser. También ,en otro sentido ,Martín Heidegger llegaba a la misma conclusión.

El tema ha sido muy estudiado e investigado por los grandes maestros y clásicos de la filosofía, antropología y la cultura (Darwin, Bergson, Joubert, D. Morris, Ekman y Friesen , Caro Baroja...). Aristóteles en el segundo libro de su Poética , según las fuentes ya trataba de la comedia o de las cosas risibles. Pero éste tratado se perdió para siempre quizás porque eso, se afirmaba entonces, distraía nuestra fe y hacia perder el miedo. Tema éste que centraba la trama de la novela, luego también film “El nombre de la rosa” . Que transcurría en una abadía benedictina.(Umberto Eco y J.J. Annaud. 1980-1986).

Pero resulta curioso que dentro del terreno que representa ésta nuestra Fundación José Antonio y tras visionar decenas de material fotográfico sobre el Fundador , sólo hemos logrado encontrar algunas escasas representaciones suyas sonriendo o riendo abiertamente. Creo que las únicas conocidas corresponden al momento de alzar en brazos a un bebé, su sobrino Miguel. Es cierto que sus ojos

expresan generalmente una cierta melancolía , (mucho más evidente en su hermana Pilar), pero en casi todas las fotos publicadas sólo se adivina algún pliegue en su rostro o breve rictus de sonrisa , normalmente sorprendido en diálogo en plena calle al dirigirse a sus mítines o encuentros con camaradas. Al contrario, hay demasiadas fotografías y representaciones suyas con gesto serio , triste, reflexivo, categórico, imperativo ,incluso colérico... Algo que también se observa prácticamente en todas las obras de arte donde su sereno semblante ha sido inmortalizado.



Evidentemente ,su vida política y personal , no fue un campo de rosas. Sino un auténtico drama sociopolítico. Estuvo repleta de dificultades, persecuciones, agobios, traiciones, prisiones y finalmente rematada con un juicio y una sentencia inicuos y dictados a la carta por sus peores enemigos.

En el terreno del arte también es cierto que algunos tratadistas clásicos y manieristas, consideraban que las emociones desfiguraban el rostro y por eso los artistas de entonces trataban de idealizar y divinizar las fisonomías de los grandes hombres. Nuestro Goya y posteriormente los artistas del siglo XX , ya se dieron cuenta --véase su retrato de la familia de Carlos IV -- que ese tratamiento estético debería ser todo lo contrario. Era necesario humanizar a los personajes representados, no halagarles.

Adriano Gómez Molina nos descubrió a un José Antonio con gafas.(Las gafas de José Antonio . Actas. 2003). Pero salvo sus pinitos de poesía festiva, casi goliardesca, escritos incluso en servilletas de mesones y homenajes ¿no tuvo tiempo para divertirse ?. Creemos que si. Hay momentos lúdicos, captados por la cámara, en la celebre reunión del parador de GREDOS . (Historia Gráfica de la Falange. J.L. Jerez. Actas.2018). Recordemos sus famosas y periódicas “ cenas de Carlomagno” en el hotel Villa de Paris. Su variado “ramillete” de novias. Sus reuniones político-literarias en la Ballena Alegre (café Lyon. Luys Santa Marina. “Hacia José Antonio”). Incluso la forma innovadora y “revolucionaria” (casi Futurista) de creación, del CARA AL SOL, con un piano que tocaba el maestro compositor vasco Juan Telleria -- que según comentaba mi antiguo jefe en TVE ,JM Rincón , parece que a pesar de su gran difusión radiofónica, apenas cobró derechos de autor-- y con las diversas aportaciones de versos de un grupo de la escuadra de ” camaradas poetas” (Ridruejo, Miquelarena, Foxá...) en el restaurante vasco” OrKompón”.

Sin duda , se trata de uno de los himnos políticos más importantes de la historia

del género. Al que después de 90 años , con el precedente de la versión pop de los setenta del cantante Ricardo Cerato , que me facilitó Javier Jato – hijo de nuestro veterano seuista David Jato Miranda – y a la que por respeto a lo que representaba, en su momento me opuse a que mis compañeros de Programas Musicales de TVE la emitieran. Aunque poco después usé un fragmento de la versión pop en nuestra campaña electoral de 1979 de FE (independiente) en RNE. Hoy curiosamente , a ese himno se le hacen cada vez más versiones dignas . Y que por ciento tanto molestan e incomodan a nuestro Presidente de Gobierno — con la nada ingeniosa y cosificadora astracanada inclusión del himno de Falang en lo que el denomina la “ fachosfera” , y que me recuerda a aquella otra antigua proclama franquista de la ”conspiración judeomasónica” — . Todo ello define y contrasta con las bazofias festivaleras que ahora nos representan en Europa. Creo que JOSE ANTONIO si reía , Se divertía sanamente claro, (“España alegre y faldicorta”) en los ratos que tenía libres después de la suprema carga y responsabilidad de la Jefatura. Por tanto, siempre tendremos la gran esperanza de que sí Volverá a reír la primavera...

5

El 23-F que yo viví

José Ignacio Moreno Gómez

El que esto escribe cumplía por aquellas fechas el servicio militar en el R.M.I. Soria nº 9, ubicado entonces en Sevilla, en la 2ª Región Militar. Como operador de radio del capitán de la compañía, portaba yo una ANPRC-77, aparato mediante el cual, tras conocerse la noticia de la toma del Congreso, se transmitió la orden de regresar rápidamente desde Cabo Roche (Cádiz), donde estábamos de maniobras, a Sevilla, a nuestras instalaciones. En el viaje de vuelta yo daba vueltas a mi cabeza. Era pues verdad lo que me habían venido diciendo desde meses atrás. Se preparaba un golpe de estado y aquí estaba.

Mi capitán guardaba un prudentísimo y disciplinado silencio; no así uno de los tenientes, quien tras tirarle de la lengua –se había creado un ambiente de cierta intimidad propicio a las confidencias en el interior de aquel Jeep Willy– mostró, con algún tímido recato, su indiferencia por cuál pudiera ser en esos momentos la actitud del rey. No se escuchaba con los oídos, pero sobre el respirar nervioso de alguno se cernía la letra de nuestro himno de Infantería: “ardor guerrero vibra en nuestras voces...”

¿El Ejército estaría con el rey, o se levantaría contra él? ¿Con el orden constitucional o contra dicho orden?

Meses atrás me llegaron confusas noticias de algo que se preparaba y que se posicionaba claramente en contra del rey, en contra del “motor del cambio”. ¿Iba la cosa en serio, o eran fantasías de algunos conciliábulos? Los crímenes de ETA contra guardias civiles, militares y policías eran el pan nuestro de cada día. Más de noventa asesinatos en 1980. Los entierros vergonzosos, silenciados, rápidos y de tapadillo, ahondaban aún más el aguijón de sufrimiento que los asesinos habían clavado en el alma de los familiares y compañeros de las víctimas ¡Pues claro que se escuchó ruido de sables en los cuartos de banderas! Conservo algunos panfletos que pasaron por manos de jefes y oficiales. La salida golpista me suscitaba todo tipo de reparos

morales y prácticos, aunque yo no era, y sigo sin serlo, un devoto del parlamentarismo partidocrático.



En el hoy derruido Cuartel de San Fernando quedamos acuartelados, municionados y preparados. No se sabía bien para qué. En cuanto salimos del aislamiento preventivo, rápidamente inquirí a mi avisador de “golpes” acerca del trance que acabábamos de pasar: “todo ha sido un montaje del rey para desactivar el golpe de verdad”– me aseguró.

No estoy descubriendo nada nuevo. Recientemente, Luis María Ansón ha confesado abiertamente que él estuvo en la llamada “operación Armada”, versión española de la operación De Gaulle, junto a Felipe González y otros conspicuos demócratas; operación de la que Juan Carlos I estaba enterado y a la que dio su conformidad. Según Ansón, que quiere nadar y guardar (con escaso acierto) su ropa y la del rey emérito, todos ellos, también Juan Carlos de Borbón, fueron engañados por el general Armada, quien, en verdad –todo según Ansón– estaba dispuesto a dar un paso más allá de los límites acordados con su grupo de conjurados; por encima de las fronteras constitucionales y junto a Milans del Bosch.

Ansón manifiesta algunas contradicciones, pero yo tengo claro que todo fue un test-vacuna al golpismo en el Ejército. El objetivo fundamental de quienes permitieron y teledirigieron la operación fue provocar que salieran a la luz cuantas maquinaciones se estuvieran tramando y ver si realmente había en las Fuerzas Armadas generales, jefes y oficiales dispuestos a dar un paso al frente. La operación planeada para proteger a la Corona levantaba tres eficaces baluartes ante un prefabricado “supuesto anticonstitucional máximo”:

- **Baluartes primero:** Iniciado por Tejero el antedicho supuesto máximo de anticonstitucionalidad, si ninguno de los partidarios del golpe duro, ni tampoco de los del blando, se atrevía a sacar los pies del plato, el rey, que no figuraba públicamente como cabeza de nada contradictorio con la norma suprema, podría salir, una vez escampase la tormenta, vestido de Capitán General y como adalid y garantía de la democracia. Así parece que ocurrió, quedando España y su Ejército inoculados de eficaz vacuna antigolpes. Armada, fuera cual fuera la reacción del teniente coronel de la Guardia Civil a su propuesta, había intentado meter un gol en fuera de juego.

- **Baluartes segundo:** Suponiendo que, a partir de la acción de Tejero, algunos otros capitanes generales o generales leales al rey –todos los altos mandos del Ejército lo eran y obedecían el mandato de Franco de prestar dicha lealtad y asistencia a Juan Carlos de Borbón–, aparte de Milans del Bosch, enseñasen los dientes y exigiesen con contundencia el famoso golpe de timón –aquel del que eran partidarios el mismísimo Tarradellas, los Ansón, Mújica, etcétera–, en este caso se impondría la famosa solución Armada: el general presidiría, con la aquiescencia del Congreso de los Diputados, un gobierno de concentración nacional con Felipe González de vicepresidente y con representantes de PSOE, PCE, UCD e independientes. Su objetivo sería frenar al terrorismo, reconducir el proceso autonómico y controlar a los nacionalismos periféricos, convocando en plazo razonable nuevas elecciones. Se intentaría acallar el ruido de sables y la amenaza involucionista.

- **Baluartes tercero.** Si salían a la luz y se lanzaban al ruedo los partidarios del golpe duro, antimonárquicos y anticonstitucionales, ahí estaría la figura del Teniente General Milans del Bosch, hombre de prestigio y con autoridad suficiente para someter a los más díscolos. Milans, además, era persona muy leal a la monarquía instaurada por Franco y habría templado los ánimos más exaltados. Podemos pensar que podría haber presidido algo parangonable, salvando las distancias, al periodo de la Dictadura de Primo de Rivera en la última etapa de Alfonso XIII.

La figura del Rey siempre quedaba a salvo, bajo cualquier supuesto; y la puesta en escena del retablo del 23-F por parte del general Armada resultó una burda representación. No obstante, dejó a más de un aspirante a “dictador” en fuera de juego, y a otros los pilló con el paso cambiado.

En medio de tantas decepciones y frustraciones, hubo, también dentro del mundo azul, algunos personajes marginales que sintieron la tentación de jugar la baza golpista. Se coqueteó con esta estrategia en determinados ambientes donde las expectativas políticas habían descendido a niveles paupérrimos y donde sus dirigentes exhibían una estrechez mental paradigmática: completamente descarriada respecto de la pista intelectual del José Antonio al que decían seguir y el azul de sus camisas era pura coreografía. Algunos, como García Carrés, el único civil procesado, formaban parte de la ultraderecha franquista.

Pero tampoco era aceptable, a esas alturas, vivir políticamente de la ensoñación de unas “montañas nevadas” de aires purísimos, en lo alto de cuyas cumbres espirituales creíamos estar otros; y, desde allí, contemplar con exceso de soberbia moral al resto de los mortales. A los falangistas de la Transición pocos nos tomaban en serio. Pese a nuestro escasísimo eco en la sociedad, y con una notoria incapacidad para asumir tanto nuestra propia realidad como la realidad de un mundo que queríamos cambiar, no nos resignábamos a ver como desaparecían todas nuestras opciones políticas y como el mundo soñado por nosotros desaparecía del horizonte de España. El falangismo, en todas sus posibles versiones, había sido desplazado por el franquismo, desde la propia Secretaría General del Movimiento, por otra clase política (más coincidente con los estándares liberal-democráticos y capitalistas europeos) procedente en buena parte del SEU franquista: la que desembocó en la UCD de Adolfo Suárez y Rodolfo Martín Villa. ¿Podía hacerse algo para enmendar aquella deriva? Muchos entendíamos que la única baza posible, útil y lícita era la que debía de jugarse desde los movimientos sociales, desde la propaganda y desde la política. Pero éramos como David frente a Goliat, aunque sin la fortuna de aquel.

El rey salvó al Régimen del 78, insisten los correctos. El Régimen del 78 salvó al rey, contradecimos los contumaces. A la vista de adonde nos ha llevado dicho sistema, a uno, que sigue sin ser partidario de golpes de estado pero continúa desafecto a la monarquía partitocrática, se le plantean, de nuevo, algunas dudas sobre cómo y quién ha de llevar el gobierno de la nave de la Patria. Parece inútil y penosa la figura de un rey destinado a hacer de inanimado mascarón de proa mientras, detrás, unos petimetres traidores juegan con la caña del timón en medio de la tormenta

6

La novedad agradecida

Davis Guillem-Tatay

En las elecciones celebradas en febrero de 1936, la Falange no obtuvo ningún diputado. En marzo de ese año, José Antonio fue detenido, después encarcelado, y finalmente asesinado.

Durante la dictadura franquista, a pesar de que pueda pensarse lo contrario, su pensamiento fue tergiversado, desnaturalizado torticeramente. Hasta tal punto, que las consecuencias desfavorables sobre el mismo todavía perduran, encargándose de ello la izquierda. Hoy no encontramos en ningún partido político eco alguno de su pensamiento. A pesar del esfuerzo que hacemos al preguntarnos “¿a quién votar?”, siguen siendo ciertas aquellas palabras: “En estas elecciones votad lo que os parezca menos malo” (1971, p. 69). El problema es que la idea “en estas elecciones” está

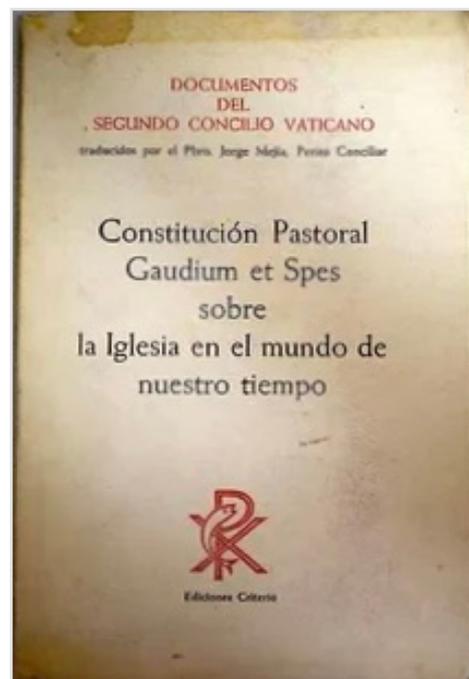
siendo ya eterna, porque, lejos de referirse a unos comicios concretos, realmente ocurre cada vez que se celebran elecciones. Da igual el paso del tiempo.

Claro, sentado todo lo dicho, se puede llegar a la conclusión de que tanto la vida como el pensamiento de José Antonio han terminado en un rotundo fracaso. Encima, tampoco vamos a escatimar ninguna verdad, cuando al final te atreves a decir que eres joseantoniano, te miran mal, de reojo. Eso, cuanto menos. Lo afirmo por experiencia personal.

Por todo ello y en su virtud, es razonable plantearse las siguientes preguntas: ¿qué hay en el pensamiento de José Antonio que pueda atraer? ¿Cómo es posible que Enrique de Aguinaga calificara en su momento de “arquetipo” a quien parece que no ha dejado ninguna huella en el panorama político actual? De modo que: ¿Qué hay de referente en el pensamiento de una persona que ha acabado como ha acabado?

Quizá la clave se resida en una frase ubicada unas líneas después de la anteriormente citada: “Nuestro sitio está fuera (...)”. Es que ahí es donde radica la novedad del pensamiento de José Antonio. Pero lo acabado de decir exige una reflexión.

Si analizamos el ciclorama social y político actual; si, como dice la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, número 4, procedemos a “escrutar a fondo los signos de la época”, comprobamos aquello de lo que tantas veces hemos hablado: la polarización generadora de bandos irreconciliables; la autoproclamada superioridad moral de uno de los bandos (corolario de lo anterior); la falta de diálogo y consenso entre ideologías diversas (si es que aún quedan ideologías); la comprobación de lo que dijo Artur Mas: una cosa es lo que el pueblo vota en las elecciones, y otra lo que luego se negocia en los despachos (por lo que uno acaba preguntándose para qué vota); el desprecio por la verdad; el interés exclusivo de llegar al poder y permanecer en él y, consecuentemente, la falta de servicio como valor indiscutible y primero en la Política (con todo lo que está ocurriendo, parece que sólo importe la amnistía); por no hablar de los casos de corrupción (que no cito ejemplos, porque unos ocurren en el momento de redactar este artículo, pero puede que salgan a la luz otros cuando éste se publique).



Estando la situación como la hemos descrito, un pensamiento como el joseantoniano no casa bien. Y, ¿por qué no casa bien? Porque se basa en el hombre, el individuo, la persona (no en el pueblo, en contra de los populismos de cualquier signo); sobre todo su dimensión social, motivo por el que apuesta por la justicia social (real, no formal); que fija el bien común como horizonte al que dirigirse y, de este modo, no perder el norte; que, por tanto, predica la verdad por encima de los menos y de los más; que entiende la sociedad como un organismo en el que no se excluye a nadie; que, consiguientemente, la unidad viene dada por igualdad de derechos y libertades de todos (en contra de la división maniquea entre los buenos y los que no lo son); que los ciudadanos deben participar en la sociedad y en la política a través de los grupos intermedios (que no necesariamente tienen que ser los partidos políticos, puesto que cada uno mira con un solo ojo, cuando se debe mirar con los dos); que reconoce que pueden existir verdades parciales en las distintas posturas y, por tanto, el diálogo y el encuentro pueden darse si hay empeño para ello; que la clase dirigente tiene que estar compuesta por los mejores, los que tienen que exigirse y sacrificarse más a sí mismos, renunciando a aquello que les aleje del servicio a los ciudadanos.



Si se observa detenidamente, como decía Ortega en *Meditaciones del Quijote* (2020, pp. 48-51), por debajo de la superficie del pensamiento de José Antonio, tal y como lo hemos descrito de modo patente, se descubre la profundidad latente de un criterio transversal: la armonía. Esa cualidad de la que carece la política actual, entre otros déficits. Y, como sabemos, “perdida la armonía del hombre y la patria, del hombre y su contorno, ya está herido de muerte el sistema.” (1971, p. 711)

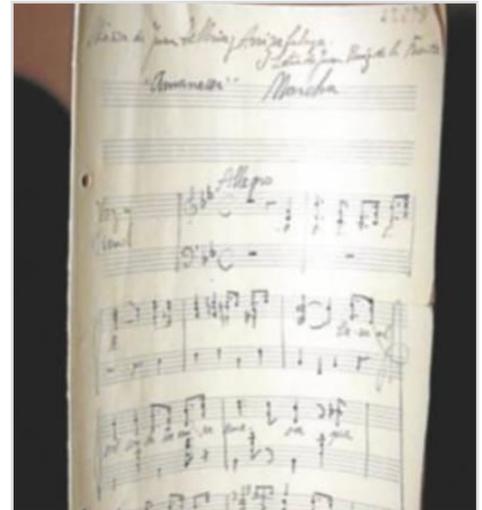
Nuestro sitio, pues, está fuera, sí; pero porque el pensamiento de José Antonio nunca ha perdido su novedad. Y lo nuevo no suele ser bien acogido, porque rompe esquemas y moldes acomodaticios, sobre todo por parte de quienes detentan el poder.

He ahí, acaba diciendo nuestro arquetipo (Aguinaga tenía razón, *obiter dicta*), el motivo por el que “presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas” (1971, p. 69). Es que José Antonio y su pensamiento son un regalo. Y así lo vivimos, agradecidamente, unos pocos.

El carrusel de declaraciones es en nuestros días un bombardeo atosigante. Una impertinencia empuja a la noticia del día anterior, dejando mustio lo que unas horas antes fue portada. La brevedad del ser se acelera con el vértigo. Con motivo de conocerse que Nebulosa representará a España en el Festival de Eurovisión 2024, se han cruzado pareceres contrapuestos. Eso no ha de dañar a una sociedad que cultiva con desparpajo la libertad de opinión, pero siempre que no se hiera la memoria histórica, a veces intencionadamente acotada y no entendida como patrimonio de todos. Entre las declaraciones ha sobresalido lo expresado por el presidente del Gobierno en el espacio *Al rojo vivo*: «Yo entiendo que a la *fachosfera* le hubiera gustado el 'Cara al sol', pero a mi me gustan este tipo de canciones». ¡No hombre, no. Veamos; el hecho de que Franco manejara interesadamente la escasa liturgia del falangismo y su himno como colofón de actos políticos, no justifica, en nuestros días, una expresión gubernamental descalificadora. La ignorancia y la ausencia del saber histórico hace tropezar burdamente.

Ni Fuerza Nueva, ni Franco, ni los regüeldos atemporales de camisas viejas arrastrando coronas y banderas periclitadas para recordar un falangismo que hoy no tiene cabida ni sentido, han de empañar la lucidez de españoles de bien. Porque fueron intelectuales sobresalientes, personas de mentes cultivadas, los que generaron esta pieza literaria de amor, combate y esperanzas. En la impecable obra de la doctora Mónica y su hermano Pablo Carbajosa, “La corte literaria de José Antonio”, se expresa el prestigio de estos autores. Nada tiene aquello que ver con la estampa que ahora nos resulta grotesca, al ver los retratos añejados de guerreras blancas y negras, sacapechos con botas altas y correajes bajo palio, para disimular los excesos arropándose con la cruz. Tales estampas han desdibujado el crédito intelectual de Agustín de Foxá, Pedro Murlane, Jacinto Miquelarena, Dionisio Ridruejo y Rafael Sánchez Mazas, concitados por José Antonio para dar forma al himno, según refiere Ximénez de Sandoval en la biografía dedicada al líder falangista. En mi reciente libro sobre la Transición política recuerdo que fue el maestro Juan Tellería el creador de la música.

Alguien al que el franquismo jamás reconoció su ingenio, a pesar de usar esa composición como logotipo sonoro del régimen. Se cantaba en las escuelas, en los campamentos juveniles, en los aniversarios oficiales... Pero se ignoraba al maestro



Tellería, que no recibió recompensa alguna por su genialidad compositora. Este guipuzcoano de Zegama ya había escrito antes una partitura dedicada a su pueblo natal titulada Amanecer en Zegama, que llegó a ser el germen del 'Cara al sol. Vivió y murió sin homenajes y, en 1972, el día de la patria vasca, un grupo de sanguinarios oficiales de la dinamita y la bomba lapa, mando por los aires el modesto busto del músico elevado por su pueblo.

Los orígenes de esta pieza son tan nobles y legítimos como certera su calidad literaria y musical. Las manipulaciones posteriores y el fraudulento y altanero uso por aquellos políticos que amarrados al talonario oficial practicaron, no han de servir ahora, si se aplicara un análisis sin perjuicio como pretexto para el desprestigio de esta creación.

Los tomistas seguidores de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, tan perspicaces como precisos, solían decir: «Si, pero distingo». Porque distinguir es condición necesaria para llegar a la verdad. Tirar por la calle del medio sin apoyarse en un sólido asidero argumental, no solo genera desafectos innecesarios, sino que confunde y pervierte a la sociedad con adoctrinamientos turbios, sean tácitos o explícitos.



El director de cine Basilio Martín Patino, no pudo estrenar hasta 1976 su película 'Canciones para después de una guerra', ya montada clandestinamente en 1971. Y declaró «en la guerra había entusiasmo y una entrega estimulante». También en la preguerra.

Respetar el sentido verdadero de las páginas históricas vistas en el contexto de su tiempo, es muestra de sabiduría. Usarlas como relleno para engordar la demagogia es la resaca de una insidia no curada, y ganadora de la partida a la concordia que abanderó la Transición política. Del mismo modo que el 'Cara al sol, aquellas canciones republicanas como ¡ay Carmela! Los cuatro muleros, 'El tren blindado' -conocido como Anda jaleo, jaleo, e inspirada en recopilaciones de Federico García Lorca-, han de verse como legítimos desahogos líricos de españoles que, en su pasión bélica o política, las usaron con espontaneidad romántica para aminorar la pesadumbre de los desencuentros. Los de un lado y los de otro merecen, desde esta atalaya del siglo XXI, un exquisito reconocimiento a su entrega. Y respeto. Pues, a su modo y en su tiempo, fueron patriotas leales sobre los que no se justifica arrojarles insinuaciones denigrantes.

Yo veo un aizkolari y me cuadro. Koldo, por ejemplo. Koldo, el aizkolari de Ábalos. “El último aizkolari socialista” según Sánchez. Yo, ante un aizkolari, de entrada, me cuadro y luego ya se verá. Si se dedica a oficios de menos lustre, que si putero, que si malhechor, no seré yo quien lo diga. Lo reconozco, la querencia me nubla el juicio. Lo mismo me pasa con los pelotaris, los levantadores de piedra y hasta con los remeros de Kaiku. Más aún si son de Baracaldo...

Koldo me recuerda al tafallés Saturio Torón. Perdonen que me pierda. Saturio empezó boxeando, pero lo suyo era torear. Era tan grande como desproporcionado... Tenía las manos de un gigante, al menos eso es lo que siempre ha llamado mi atención al ver las pocas fotos que de él se conservan, las manos, aunque quizá debiera decir, los puños.



Los toreros vascos más que de romero son de leña (aunque sea leña de romero). Zacarías Lecumberri, notable matador vizcaíno, algo mayor que Saturio, pasó a la historia de la tauromaquia por tumbar a un cuatroño de un solo y certero puñetazo en la testuz. Saturio era del mismo corte. La segunda mitad de los veinte la pasó

sirviendo como peón de brega a las órdenes de distintos espadas. Buen rehiletero, destacó pronto por su arrojo ante el toro. Tanto que probó suerte como novillero. Le apodaban “El León Navarro”. Tomó la alternativa el 8 de julio de 1930 en su tierra, en Pamplona, de manos de Marcial Lalanda, teniendo por testigo al malogrado Félix Rodríguez. Por vez primera un torero navarro tomaba la alternativa en la capital del viejo reino. Desorejó al primero, pero el segundo casi lo desoreja a él. Los mozos, callados en señal de respeto, acompañaron al torero malherido de la enfermería de la plaza al Hotel Quintana donde se hospedaba. Hizo las Américas con desigual fortuna (que es una manera elegante de decir con poca fortuna). Muy castigado por los toros, a

la vuelta, en 1935, y tras pasar una temporada enrolado en la cuadrilla de Manolito Bienvenida, acabó desistiendo de alcanzar la gloria de Cúchares.

Se casó, tuvo seis hijos y, como Koldo, se metió en política. Saturio fue falangista en la hora prima. Dicen que llegó a la Falange de la mano de su paisano Julio Ruiz de Alda, el héroe del Plus Ultra. Sea como fuere, dadas sus hechuras, acabó en la primera línea. Dionisio Ridruejo, el poeta, escribió: “Era un personaje novelesco, con un amor propio exacerbado y una sencillez de paloma”. Tierno y rudo a la vez. Según Dionisio se pasaba el día gruñendo porque le parecía que la Falange estaba llena de señoritos... Dionisio y él, tan distintos, acabaron siendo, además de camaradas, amigos fraternos.

Al estallar la guerra, preso en el Madrid rojo, salvó la vida alistándose en el Batallón Galán, el llamado batallón de los toreros. En Somosierra le planchó la muleta a las columnas navarras de Mola. Alcanzó el grado de capitán, y es que, al parecer, en las milicias populares, su valor y sus heridas tuvieron mejor premio que en los ruedos. Antes de que terminara 1936 murió al pisar una mina y en la sierra quedaron sus miembros desperdigados. Rafael García Serrano, escritor falangista, navarro como él, escribió en la otra trinchera: “Murió al estallarle un mortero. Al mirar las posiciones enemigas acaso las viera como un tendido abarrotado por los aficionados de Olite, de Tafalla, de Tudela, de toda Navarra, que unos años antes le habían aplaudido en Pamplona. Puede que esto le sirviera de consuelo al terminar la lidia por siempre jamás.” Un caso curioso en aquellos años de sañudas persecuciones a vivos y muertos: ninguno de sus antiguos camaradas le afeó jamás su conducta.

Ahora que termino estas líneas ya no me lo recuerda tanto. Solo la estampa. No, no veo a Saturio Torón veraneando en Benidorm...

9

A Leopoldo Panero en el mediodía de mi vida

Diego Chiaramoni para ElManifiesto.com

Cuando uno va arribando al mediodía de la vida, el acto de escribir comienza a erigirse como un lento ajuste de cuentas con el pasado. Con su estela de sangre, la pluma va destilando amores y dolores, resignaciones y traumas, mares helados o bosques incendiados. Las palabras son sabias (a pesar de lo que digan los apóstoles del relativismo), porque muchas de ellas muerden el labio de la misma realidad. La palabra “nostalgia”, por ejemplo, proviene del griego νόστος (*nostos* = regreso) y ἄλγος (algos = dolor). La *nostalgia*, entonces, es la pena de verse ausente de la patria o de los amigos y es un volver con el peso del dolor auestas. A esa nostalgia la salva únicamente la gratitud, que es el ejercicio del corazón cuando hace memoria. Uno mira hacia atrás y agradece el techo que lo cobijó, el pan que lo alimentó, las manos de nuestros abuelos, los desvelos de nuestros padres, el vino

compartido con los amigos y también los libros que abrieron mundos delante de nuestros pasos. Todos tenemos un mito de origen en nuestra vida de lectores y el mío se funda en las historias que escuché de los labios de Aurora, mi bisabuela, que como he dicho alguna vez —emulando a Delibes— “llevaba el pueblo dibujado en el rostro”. Allí creció en mí ese regusto por el castellano bien hablado, por los sabores y los olores de aquella

España rural de los cielos altos, de las angostas callejuelas de polvo, de las setas en los bosques y del golpe del agua entre las piedras. Luego, todo ello dio paso a otra aficción, la de las tertulias literarias de los Cafés, la de las generaciones del 98



y del 14, del 27 y del 36, la Guerra Civil y las heridas abiertas.

En un libro de tapas rojas, la vida me citó con un poeta: Leopoldo Panero (padre), y aclaro “padre”, porque el nombre, la excentricidad y la tragedia existencial de su hijo Leopoldo María, cobró fama mundial y sumió en espesa bruma a la eximia pluma del viejo poeta. Por aquellos tiempos, me demoraba largos días leyendo a “Los poetas de la Falange” y repetía para mis adentros: “Rosales-Panero-Vivanco” como quien repite los nombres de la delantera del Madrid. ¿Y Ridruejo? —preguntará usted—, y yo le diré que Ridruejo también fue importante para mí, pero Ridruejo es caso aparte, quizás para otro capítulo.

Desde aquellas tardes que iban declinando lentas sobre un viejo patio del sur bonaerense, un verso de Panero laceró mi memoria y me abrió el caudal de sus dones:

*Señor, el hacha llama a tronco mudo
golpe a golpe.
Y se llena de preguntas el corazón del hombre,
donde sueñas.*

Panero ha sido, a mi juicio, una pluma mística, el símbolo inequívoco de una “poesía arraigada” como escribe Dámaso Alonso en un Prólogo de 1963. Cuando hacia finales de mayo del año pasado viajé por las rutas de León, abrumado por las luces violáceas y ocreas de “la Pulchra” y, antes de comer el cocido maragato en Castrillo de los Polvazares, nos detuvimos con mi amigo Manuel en Astorga,

buscando los fantasmas del poeta. Lo imaginé de pie, en el primer escalón de la abrumadora puerta principal de la Catedral, envuelto en penas de alcohol, buscando al Dios presente-ausente que tiñó su vida y su poesía. Paco Umbral, pluma bífida, libre, aunque no siempre justa, reconoce la altura poética de aquella generación y nos cuenta en *Las palabras de la tribu*, su encuentro con Leopoldo Panero:

A Leopoldo Panero lo visité en su despacho. Estaba violáceo de ginebra, la cara y las manos hinchadas. Me había mirado sin verme o me había visto sin mirarme. [...] Panero se siente herido en su corazón tópico, en su memoria histórica falsa, y replica desde su espanismo radical con un “Canto personal” lleno de brevedad y de ginebra, donde se cantan cosas como la primera comunión.[1]

Yo creo que los escritores tienen sus claves de bóveda, y del mismo modo que Umbral tenía la combinación exacta para entrar en el alma de Larra, de Valle o de Ramón, no contaba con las llaves para entrar en el misticismo de Panero. Si Don Leopoldo cantaba cosas “como en primera comunión”, las cantaba porque, para mirar el paisaje, conservaba sus ojos vírgenes. Así, leemos en su poema *Invocación*:

*“¡Oh fluye, fluye en mí, total marea
que moja cuanto soy de amor supremo!
¡Oh mosto tenebroso reposando!
¡Oh, fluye en el rubor,
como manzana, del corazón de Dios,
y dora el dulce sabor de sus entrañas,
jugo vivo de infancia, en donde pican los gorriones!*

Con Leopoldo Panero aprendí que un viejo amor también llevaba en su piel algo así como una “*penumbra de paloma*”, que también yo soy aquel “*que tiene frío de sí mismo. El que viene cargado con el peso de todo lo que quiso*”, y que “*todo es como un beso cerca de nuestra boca, como un ángel cansado de belleza que lleva en sus espaldas un peso de roca*”.

¿Cuánto les debemos a aquellos que han despertado nuestro verbo? ¿Cómo saldar la deuda de quien nos ha enseñado que detrás de nuestras diferencias, excesos y miserias mora el “hombre interior”, mendigo de profunda humanidad? ¿Cuál es la medida exacta de la gratitud para con aquellos que, al regalarnos esa nostalgia de Dios, nos han hecho más profundos para mirar la vida?

A Leopoldo Panero, con gratitud, en el mediodía de mi vida.

[1] Francisco Umbral, *Las palabras de la tribu*, p. 249, Ed. Planeta, Barcelona, 1996.

Leopoldo Panero



SOLEDAD absoluta y oro fino
del aire de noviembre en la alborada,
y el don de la verdad en la mirada
con el vasto milagro del camino.

Ya velas en el cielo cristalino
de España, y en la noche desvelada,
ardiente de jazmín, recién nevada
sobre la claridad de tu destino.

No ver pero temblar. No ver la muerte
y sentir en la noche su eficacia
y el olor de la tierra de Castilla.

Hablar sin la palabra, ver sin verte,
y buscarte en la niebla de la gracia
hacia la luz remota de la orilla.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com